

## GUY DE MAUPASSANT

por Adolphe Brisson

De las confidencias que me han sido hechas por su madre, la Sra. Laure de Maupassant, y por su amigo, Léon Fontaine, quisiera tratar de establecer un perfil lo más fiel posible al autor de *Pierre y Jean* y mostrar quién fue, en las diversas épocas de su evolución intelectual y psíquica, ese ser excepcional sobre el que tantas leyendas falsas han circulado...

*Infancia, adolescencia.* – Guy de Maupassant, nacido en plena Normandía, en el castillo de Miromesnil, educado a orillas del mar, en Étretat, se parecía, según palabras de su madre, a un « pollo escapado ». Ella se aplicó, con la colaboración del Sr. cura, a alimentarlo con el pan de la ciencia. Él escuchaba sus lecciones, pero lo que le gustaba por encima de todo era la existencia al aire libre, el comercio de los pescadores, los peligros afrontados con ellos, las salidas en barco, las carreras sobre los acantilados... Sus únicos compañeros eran los pilluelos del pueblo; todos lo trataban con respeto y familiaridad, como a un joven caballero que se dignaba a rebajarse a su nivel y estaba completamente desprovisto de presunción. En ese régimen adquirió unos pulmones vigorosos y una cultura bastante mediocre. La Sra. de Maupassant comprendió la necesidad de extraerlo de ese medio y lo envió a un pensionado religioso de Yvetot; Guy era allí muy infeliz, y la melancolía que se apoderó de él lo hizo poeta. En versos inocentes expresaba la nostalgia de los bienes que había perdido, su pensamiento volaba más allá de las paredes malsanas del convento, hacia el sol, hacia las alegrías... La Sra. de Maupassant conservó algunas de esas composiciones infantiles, que, a falta de otros meritos, tienen un no sé qué de una extrema sencillez:

Il faut quitter les charmants pâturages,  
Il faut quitter les bois et les ombrages.  
Du monde, hélas! nous verrons les orages.  
Il s'est enfui, ce temps, cet heureux temps,  
Où nous courions, si joyeux, si contents,  
Dans les vergers, les vallons et les champs;  
Où nous suivions, Dans les vastes prairies,  
Dans les jardins, dans les plaines fleuries,  
Cheveux au vent les brillants bataillons  
Des papillons.

Hay que abandonar los encantadores pastos,  
Hay que abandonar los bosques y las enramadas.  
Del mundo, por desgracia, veremos las tormentas.  
Se ha ido ese tiempo, ese feliz tiempo,  
En el que corríamos, tan alegres y tan contentos,  
Por los vergeles, los valles y los campos;  
En los que seguíamos, por las amplias praderas,  
Por los jardines, por las llanuras floridas,  
Cabellos al viento los brillantes batallones  
De las mariposas.

Algunos pecadillos, unas palabras impertinentes al profesor de historia y unas estrofas galantes improvisadas en honor de una prima, provocaron su expulsión de la santa casa. Tuvo el tiempo justo de volver a su querido Étretat y de abrazar a su madre, cuando fue conducido al Instituto de Ruán, para finalizar allí sus estudios.

Louis Bouilhet había prometido velar por él; observa las disposiciones del muchacho, las alienta, las dirige. Guy obtiene un gran provecho de esa tutoría; su humor se dulcifica, poco a poco se va haciendo más civilizado. Se creía un poeta y sometía sus trabajos al excelente Bouilhet, quién lo juzgaba con paciencia y severidad. Los versos que compuso en esa época no valen ni más ni menos que los de los escolares bien dotados que quieren pinchar a la Musa. Todo hombre de letras, en sus inicios, y sin duda también más de un futuro notario, han producido cosas semejantes. Están llenos de

reminiscencias; la influencia de Musset se hace sentir en ellos. Musset era por aquél entonces el dios de los enamorados. Y el corazón de Maupassant era un volcán en constante erupción. Canta a su vez los favores y las traiciones de sus “amantes”. Esa palabra toma bajo su pluma un divertido énfasis. Maupassant está desesperado; sus penas se exhalan en olas de amargura; lanza al cielo violentos reproches – como un Titán fulminado por la cólera divina. Leed esta pieza datada en 1868 y titulada *Dernière Soirée avec sa maitresse*. Es un modelo de ese género, directamente inspirado de *la Nuit d’octobre*:

Elle partait. Mon Dieu! c’était le dernier soir.  
Elle me laissait seul; cette femme cruelle  
Emportait mon amour et ma vie avec elle.  
Moi, yo voulus encore errer comme autrefois  
Dans les champs et l’aimer pour la dernière fois.  
La nuit nous apportait son ombre et son silence.  
Et pourtant j’entendais comme une voix immense;  
Tout semblait animé par un soufflé divin.  
La nature trembalit, J’écoutais. Et soudain  
Un étrange frisson troubla toute mon âme.

Partía. ¡Dios mí! era la última noche.  
Esa cruel mujer me dejaba solo  
Llevándose mi amor y mi vida con ella.  
Yo aún quise perderme como antes  
Por los campos y amarla por última vez.  
La noche nos aportaba su sombra y su silencio.  
Y sin embargo yo oía como una inmensa voz;  
Todo parecía animado por un aliento divino.  
La naturaleza temblaba. Yo escuchaba. Y de repente  
Un extraño escalofrío turbó toda mi alma.

En esos lamentos no hay mucha literatura. Guy de Maupassant que debía convertirse en un misántropo más adelante, era un alegre muchacho, prendado de la vida y de las alegrías que ésta procura. Frecuentaba los lugares (todos sin excepción) donde uno se divierte. Amaba a las mujeres, amaba la poesía. Era imaginativo y sensual. Se servía de la poesía para conquistar a las mujeres. Tal vez soñase con igualar la fortuna de Louis Bouilhet y escribir para el Odeón un drama histórico en cinco actos y en verso. Su ambición no iba más allá. La guerra de 1870 vino a cambiar el curso de sus pensamientos. Se enroló en el cuerpo de móviles; vio de cerca los horrores de la invasión y la derrota; y las escenas a las que asistió y que contó con tanta fuerza, arrojaron de su espíritu el vano fárrago de galanterías y elegías y plantaron la primera semilla de ese talento de observador y narrador, en el que tanta maestría habría de adquirir.

*A los veinticinco años.* – Restablecida la paz, Guy de Maupassant, conseguido un empleo de mil quinientos francos en el ministerio de la Marina, es el más notable remero de la administración francesa. Los ratos libres que le permite su trabajo, los dedica a explorar las orillas del Sena, entre Argenteuil, Maisons-Laffitte, Bougival y otros lugares. Cuando se ve obligado a permanecer en París, con motivo del servicio, organiza amplias y copiosas mistificaciones a expensas de sus colegas. Todavía podemos ver aún, en la calle Royale, el agujero que hizo en un tabique, y por el cual, con la ayuda de una jeringuilla, enviaba gotas de un agua perfumada sobre el cráneo calvo de un honorable jefe de división, su superior jerárquico. De vez en cuando componía proverbios de salón y sonetos pesimistas. Sin embargo, bajo la influencia de Flaubert, que le proporcionaba sabios consejos y lo sometía a duras disciplinas, no tardó en transformarse. Sus versos se impregnaron de una cálida sensualidad; los poemas titulados *Au bord de l’eau* y *la Vénus rustique*, y que son de una brutalidad e intensidad sorprendentes, datan de esos años de transición, pero emocionan por unas cualidades que son más bien cualidades de un prosista que de un poeta; una singular claridad de visión, el don de sugerir la sensación de la vida y de crear una atmósfera alrededor del tema. Esa solidez iba a afirmarse de un modo definitivo en *Boule de suif*. Maupassant había fijado, en este relato, sus recuerdos de la guerra; la protagonista que ponía en escena no era imaginaria, la había copiado del natural; pero su arte, prolongando la

realidad, había hecho un modelo de esa figura vulgar confiriéndole una forma épica en lo que no hubiese sido, bajo otra pluma, más que una anécdota. Gustave Flaubert había leído esa obra maestra. Y, enseguida, había escrito a la Sra. de Maupassant, que se encontraba enferma en Córcega, una carta desbordante de entusiasmo, y que ella no hizo pública. Flaubert dice a sus «querida hermana Laure» lo bien que piensa del «pequeño», la satisfacción que le causa su debut y el feliz presagio que le augura en el futuro. Es una revelación. Todavía dos o tres fragmentos como ese, ¡y los críticos deberán contar con Guy! ¡El asunto está chupado!» Uno puede imaginarse la alegría que sintió la madre con esas noticias. Flaubert no tuvo la satisfacción de asistir al triunfo de su discípulo. Murió algunas semanas antes de la publicación de *las Veladas de Médan*. Se sabe en qué circunstancias fue compuesta esta antología. Maupassant tenía por costumbre reunirse cada semana con algunos escritores que había conocido en casa de Zola: Paul Alexis, Huysmans, Henri Céard, Hennique. Cuando cada uno hubo acabado su relato, se reunieron en el domicilio de uno de ellos; acordaron hacer una lectura en voz alta de esas páginas inéditas. Maupassant comenzó *Boule de suif*. Sus amigos lo escucharon en silencio. Luego se levantaron y le estrecharon las manos declarando unánimemente que *Boule de suif* superaba, por la belleza de la ejecución, a todos los demás. Este movimiento, tan honorable tanto para ellos como para él, muestran que hay casos en los que la sinceridad es más fuerte que otro sentimiento. Ellos habían sido profundamente impactados, y experimentaban un generoso y noble placer proclamando su admiración.

Desde entonces se produjo un cambio profundo en el carácter de Guy de Maupassant. Su inconsciencia desapareció. Es mordido por el deseo de gloria. Huye de los lugares tumultuosos que antes buscaba; alquila junto a Léon Fontaine un pequeño apartamento en Sartrouville, frente a Maisons-Laffite; y allí, aislado del mundo, sueña en sus futuras obras; se vuelca seriamente en el trabajo. El antiguo Maupassant, el asiduo a la Grenouillère, el piloto de la *Feuille-de-Rose*, da paso al hombre de letras. Por momentos tiene ganas de diversión, donde vuelve a solazarse en la juerga. Pero una arruga se ha marcado en su frente, arruga de ambición e inquietud. A partir del momento en el que Maupassant es célebre, dejará de ser feliz...

*Sus últimos años.* – Ha publicado ya diez obras que han proclamado su nombre por todo el universo; es el rey de los cuentistas; sus novelas han tenido innumerables ediciones. Su conciencia de escritor y su orgullo han sido satisfechos, puesto que la reputación que ha conquistado está justificada por la perfección de sus obras. Y una extraña tristeza se apodera de este artista privilegiado. Experiencias personales lo afligieron. Quedó dolorosamente impresionado por la muerte de su hermano pequeño, sobrevenida a consecuencia de una fiebre cerebral. Cayó en un estado depresivo. Los rasgos más destacados de su temperamento se acentuaron. Su amor por la independencia se transformó en hurañía: rechazaba con violencia los discretos contactos de la Academia. Una noche, en una casa amiga, el Sr. Victorien Sardou, con su gracia habitual, le alentaba a presentar su candidatura. Maupassant se negaba, Sardou insistía; Maupassant entonces se desató y tradujo, en términos enérgicos, el horror que tenía por las distinciones oficiales. «¿Por qué quiere usted que se me impongan unas faenas que me serían muy desagradables, para obtener unas ventajas que me son indiferentes? Es algo que tengo decidido. ¡No seré académico ni condecorado!» Tenía en las venas la sangre de los normandos vagabundos y conquistadores; y era ese mismo instinto el que lo empujaba a embarcarse sobre su velero y abandonarse a la aventura, impidiéndole someterse a ninguna obligación y plegarse a ninguna regla. Esas repugnancias están plasmadas, con una extraordinaria energía, en una nota que tengo bajo los ojos. Se lo había pedido un patronato para una fiesta conmemorativa: «Me habla usted de versos para una ceremonia pública. No compongo versos, y el único pensamiento de una

ceremonia literaria me haría huir a Asia. Siempre me he negado a hacer fragmentos de circunstancias; y, si usted sabe que se hayan recitado versos míos en una fiesta, me comprometo a hacer todo lo que me imponga... Incluso no podría asistir a la ceremonia como espectador, pues espero dejar Francia... Tengo una imperiosa necesidad de no escuchar hablar de literatura, de no hacer otra cosa que ir a respirar lejos un aire menos artístico que el nuestro...» ¿Qué podría añadir a estas líneas? El autor de *Bel-Ami* se retrata por completo. Exageraba las servidumbres que rechazaba con una tan arisca energía; y mediante una singular anomalía se imponía otras que habría podido fácilmente evitar; se dejaba acaparar por la sociedad; deseaba brillar allí, no por sus talento, lo que hubiese sido legítimo, sino por el de su sastre y su zapatero; aspiraba a igualar la elegancia de los jóvenes hombres inútiles que hacen blanquear las camisas en Londres. Uno no puede evitar una sonrisa constatando estas contradicciones en un espíritu superior, y también apenarse un poco. El alma de Maupassant era, al igual que su corazón, móvil y sensible; tuvo la desgracia de entregarlos en bandeja a las curiosidades egoístas de un bonito pequeño animal del que describió el espantoso retrato en su último libro. Su cerebro, destrozado por los excesos de una tumultuosa juventud y por la fatiga de una enorme producción, no resistió a esa sacudida. No nos detendremos en gemir sobre este lamentable final. Hay flores que no duran. Son las más olorosas. Si Maupassant hubiese sido menos vulnerable a las heridas de la vida, su genio hubiese producido obras menos emotivas...

Extraído del libro *Pointes sèches (physionomies littéraires)* de Adolphe Brisson, Armand Colin & Cía, editores. Paris 1898.

Traducción de José M. Ramos. Pontevedra 2009.  
para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>